



Iglesia de San Francisco
de Paula (1730-1745), en
La Habana

su padre y sus ocho hermanos y que moriría él mismo en combate, era un niño de tres años cuando Fredrika Bremer estuvo en Cuba.

No es de extrañar que lo que más horror le causó a Fredrika fue la situación de las madres negras, pues ella trató de ver la cuestión desde el punto de vista familiar, tal y como había hecho con la situación de la mujer en Suecia. Fredrika se desgarró ante el hecho de que las mujeres negras perdieran a sus hijos, y siempre que veía a los niños negros, pensaba: «Su madre, que los trajo al mundo con dolor, que les da su leche, su cuidado, ella, de cuya sangre y carne están hechos, no tiene ningún derecho sobre ellos. No pertenecen a ella sino a un amo, que puede vender a su antojo a todos los niños que ella traiga al mundo.»

Cuando la aristocracia cubana se alzó al fin contra España en 1868, la guerra comenzaría con la declaración de que todos los habitantes de la República eran entera-

mente libres. Miles de negros se sumaron a los insurrectos y, cuando esta guerra fracasó diez años después, ocurrió algo tristemente irónico: el poder español decretó la libertad de los esclavos que habían participado en la insurrección, mientras que aquellos esclavos obedientes, que permanecieron fieles a sus amos, siguieron siendo esclavos. En Cuba, la esclavitud no se aboliría hasta 1886.

Debido a que Fredrika sólo vivió en casa de hacendados extranjeros, en los últimos días que pasó en La Habana se lamenta de no haber conocido antes a un tal Alfredo Sauval, un caballero criollo muy servicial y cortés que la llevó al hospital de San Lázaro, a la Casa de Beneficencia y también a ver al botánico Felipe Poey, que le obsequió una mariposa que tenía «brillo de terciopelo» y que fue el único intelectual cubano que Fredrika conoció. Un encuentro fascinante habría sido el de Fredrika con la escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, que se le parecía mucho en talento y temperamento, y que fue también una mujer rebelde y discriminada. Pero en ese momento Avellaneda estaba en España. La mayoría de las figuras culturales cubanas de la época estaba en el extranjero, así es que resulta lógico que Fredrika no los conociera. Una de las grandes tragedias de la historia de Cuba siempre fue —y lo sigue siendo hoy en día— el hecho de que muchos de sus trabajadores culturales se vieran obligados, ya fuera para salvar su vida o simplemente su integridad cultural, a abandonar el país y producir su obra en el extranjero. Cirilo Villaverde estaba en Nueva York. Domingo del Monte en España. Saco, viajando por Europa. El venerable padre Félix Varela, fundador del sentimiento nacional cubano, se estaba muriendo de enfermedad, pobreza y hambre en los EE.UU. De haberlo conocido, Fredrika habría amado al padre Varela. Ambos tenían la misma fe incommovible en Dios, la misma devoción caritativa por los pobres y el mismo sentimiento de justicia. Igual que Fredrika, el padre Varela aliviaba como podía las penurias de los pobres, pero con la conmovedora diferencia de que Fredrika poseía una sólida situación económica, mientras que Varela llegó al extremo de dar a sus feligreses pobres de Nueva York sus propios cubiertos de plata, la última riqueza material que le quedaba, para que los vendieran, de modo que la policía se los devolvió un día al sacerdote, creyendo que aquellos desharrapados se lo habían robado. Varela fue un acérrimo enemigo de la dominación española en Cuba, y el mismo Fernando VII proscribió sus escritos tanto en la isla como en la península.

Fredrika Bremer parte de La Habana a principios de mayo de 1851. Se lleva muchas enseñanzas, unas libras más en el cuerpo e innumerables recuerdos gratos pero también dolorosos. En su última carta le envía a Agathe unas palabras que guardan una extraña actualidad: «Hoy por la tarde me embarco en “El Isabel” y le digo adiós para siempre a las palmas y a las ceibas de Cuba, a los cocuyos y a las contradanzas, a las guardarrayas y a las constelaciones, a los tambores africanos, a las canciones y a los bailes, a este pueblo feliz y desgraciado, a su infierno y a su paraíso.»

Y regresa a Suecia pasando por Inglaterra, donde recorre los suburbios pobres del East End y recoge material para una serie de artículos en los que defendería sus

tesis de socialismo cristiano. Al regresar a Suecia, Fredrika pasa por el durísimo golpe de enterarse de que su querida hermana Agathe ha muerto en su ausencia, sin que pudiera ver la publicación de *Hogares del Nuevo Mundo*, que estaba dedicado a ella. Un dato revelador es que este libro causó mucha irritación tanto entre los esclavistas como entre los abolicionistas de los EE.UU. Era una obra demasiado independiente para que sirviera de apoyo a ninguno de los dos bandos.

En 1856 termina el libro que ella consideraba su obra cumbre, la novela *Hertha*, no tan grande literariamente, pero sí como discurso novelado donde se consuman sus ideas renovadoras sobre la mujer: un documento de debate que tuvo un tremendo impacto en la liberación jurídica de la mujer en Suecia. Sólo dos años después de publicada la novela, que levantó una violenta ola de discusiones, se hizo realidad lo que propugnaba: se promulgó una ley que concedió mayoría de edad legal a las mujeres solteras. El movimiento feminista en Suecia tomaría el nombre de Fredrika y su heroína Hertha como símbolo de su gestión reivindicadora.

A sus cincuenta y tantos años Fredrika emprende nuevos viajes, va a Suiza, Italia, Palestina, Turquía y Grecia. Más tarde publica *La vida en el Viejo Mundo* (1860-62) como producto de esa peregrinación.

Como hemos visto, Fredrika Bremer buscó durante toda su vida, con tenacidad y honestidad ejemplares, la equidad, la democracia, la justicia. «Cuando tenía quince años —dice Fredrika— solía yo bajar a la cocina a predicar la igualdad ante el personal de cocina... Pero allí nadie quería creerme. La cocinera, déspota de nacimiento con respecto a su ayudante, se reía y me decía que yo estaba loca de remate...»

Fredrika murió apaciblemente, de una pulmonía, en el castillo de Arsta a las tres de la madrugada fría que precedió al 31 de diciembre de 1865. Una de las últimas cosas que expresó fue su asombro y agradecimiento de que los que en ese momento la rodeaban fuesen tan generosos con ella. Once años antes había escrito: «Yo he sentido profundamente el cautiverio y la humillación interior y exterior de mi sexo; y me he esforzado por actuar por su liberación, mediante el llamamiento a una conciencia superior y a una gestión propia; y cada uno de mis escritos tiene una imagen que lo testimonia, alguna mujer sola que con su propia fuerza, con su voluntad y sus facultades, se abre un camino propio en la vida...»

Esa mujer sola es sin duda Fredrika Bremer, aquella sueca tierna, valiente, apasionada y, tan clarividente en sus contradicciones, que en uno de los momentos cruciales de su historia pasó por Cuba —para agradecimiento de todos los cubanos— como uno de aquellos colibríes atrevidos que, al igual que las ceibas, ella no supo con qué comparar.

René Vázquez Díaz

Cuadernos Hispanoamericanos

454~57

—Abril-Julio 1988—

Homenaje a César Vallejo

Con ensayos de

Margaret Abel Quintero, Pedro Aullón de Haro, Francisco Ávila, Mario Boero, Kenneth Brown, André Coyné, Eduardo Chirinos, Félix Gabriel Flores, Anthony L. Geist, Gerardo Mario Goloboff, Rubén González, Francisco Gutiérrez Carbajo, Stephen Hart, Ricardo H. Herrera, Mercedes Juliá, Santiago Kovadloff, Fernando R. Lafuente, Luis	López Álvarez, Armando López Castro, Francisco Martínez García, Carlos Meneses, Luis Monguió, Teobaldo A. Noriega, Estuardo Núñez, José Ortega, José M. Oviedo, Rocío Oviedo, William Rowe, Manuel Ruano, Amancio Sabugo Abril, Luis Sainz de Medrano, Dasso Saldívar, Julio Vélez, Carlos Villanes, Paul G. Teodorescu y Francisco Umbral
---	--

**y un homenaje poético a cargo de 65 autores
españoles e hispanoamericanos**

Dos volúmenes: 1.000 páginas

Tres mil pesetas

INSTITUTO DE COOPERACIÓN IBEROAMERICANA
AVENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS, 4. 28040 MADRID
Redacción y Administración, teléfonos (91) 583 83 99 y 583 83 96